

parte y de otra, en Jerusalén como en Babilonia, las plegarias insistían sobre el privilegio de una prolongación de vida, y los lamentos tienen por objeto la proximidad de la tumba, de la cripta, « ¡donde no se alaba a Dios! »—« ¡Da una duración a nuestros años semejante a los ladrillos de Ibarra, extiéndelos hasta la eternidad! » pide Nebucadnetzar. El héroe de una antigua epopeya, Gilgamech, describe el espanto de la muerte a su compañero Esbani, y, entre otros lamentos, formula éste, que de todos le parece el más doloroso: « ¡Ay! Ya no puedes abrazar a la mujer que amabas ni pegar a la mujer que odiabas. ¡El horror del mundo subterráneo se ha apoderado de ti! »<sup>1</sup>.

A pesar de lo que se haya dicho en contrario, los Judíos, como sus antecesores los Babilonios y los otros pueblos de la tierra, debían tener también cierto culto de los muertos porque el paso de la vida a la muerte era tan incomprendible para ellos como para sus vecinos hijos de Cam y de Jafet; creían, pues, vagamente en la continuación de la existencia bajo formas más o menos modificadas, y la historia nos dice que a los muertos, cuyo cadáver se había corrompido y mezclado al polvo, pero cuyo soplo, el « alma », había persistido a pesar de todo, solían darle el temible carácter de aparecidos, de espectros hambrientos ávidos de la sangre de los jóvenes. Para evitar ser perseguido por ellos se les ofrecían alimentos y se hacían libaciones sobre sus tumbas, soliendo ocurrir que los muertos no consentían de una manera definitiva en el reposo, sino después de que se les matase por segunda vez. La Biblia nos habla expresamente de uno de esos aparecidos, el profeta Samuel, a quien una pitonisa hizo salir de la tumba, pero esta evocación misma contribuyó en parte al desastre que sobrevino, porque, encolerizado contra Saúl que turbaba su reposo, le anunció con sarcasmo su muerte próxima, la de sus hijos y de todo su ejército sobre la montaña de Gilboah<sup>2</sup>.

Como se ve, toda la Naturaleza estaba poblada alrededor de los Israelitas; multitud de seres desconocidos se agitaban entre ellos, subterráneos, a flor de tierra, en el aire y en el cielo, porque los

<sup>1</sup> Alfred Jeremías, *Holle und Paradies bei den Babyloniern*.

<sup>2</sup> *Samuel*, t. I, cap. XVIII.



Cl. Bonfils. ESTANQUE LLAMADO DE SALOMÓN

De una fotografía.

astros que veían girar sobre sus cabezas con el firmamento eran para ellos, como para sus educadores babilonios, seres que gozaban de una existencia divina y regulaban desde lo alto el destino de los mortales. Los planetas que se pasean entre las estrellas fijas como pastores en medio del rebaño, ejercían un poder excepcional, pero bajo la vigilancia de los dos grandes orbes que reinan sobre el día y sobre la noche. La vista del cielo, con su jerarquía aparente, era, pues, apropiada para inspirar a los Judíos la idea del orden por autoridad y subordinación: del mismo modo que las estrellas, agruparon los innumerables espíritus de la tierra y del aire en ejército de *Elohim* o de divinidades, nacidas a la vez del fetichismo, del animismo y de la astrolatría, viniendo a ser el politeísmo regulado por un orden de dignidad semejante al de los ángeles colocados sobre los grados sucesivos de las pirámides babilónicas. El libre politeísmo helénico, en su poético desorden, correspondía a una naturaleza mucho más variada y a todo un mundo de ciudades autónomas.

La multitud de los dioses semíticos, designada con el término

de Elohim, las «Fuerzas» o los «Genios», lo era más claramente aún por la expresión de Tsebaoth, los «Ejércitos», las «Series», los «Ordenes»: mientras los Elohim eran especialmente reverenciados entre los Judíos, los Tsebaoth tenían su culto entre los Israelitas, principalmente en la tribu de Efraim. Ese término, traducido al griego gnóstico por «Æon», fué probablemente tomado de los pueblos de Oriente<sup>1</sup>. Los unos y los otros, Elohim y Tsebaoth, constituían el conjunto jerárquico del mundo sobrenatural que comprendía innumerables divinidades, pero que tendía ya a unirse en un solo Dios a las manifestaciones infinitas.

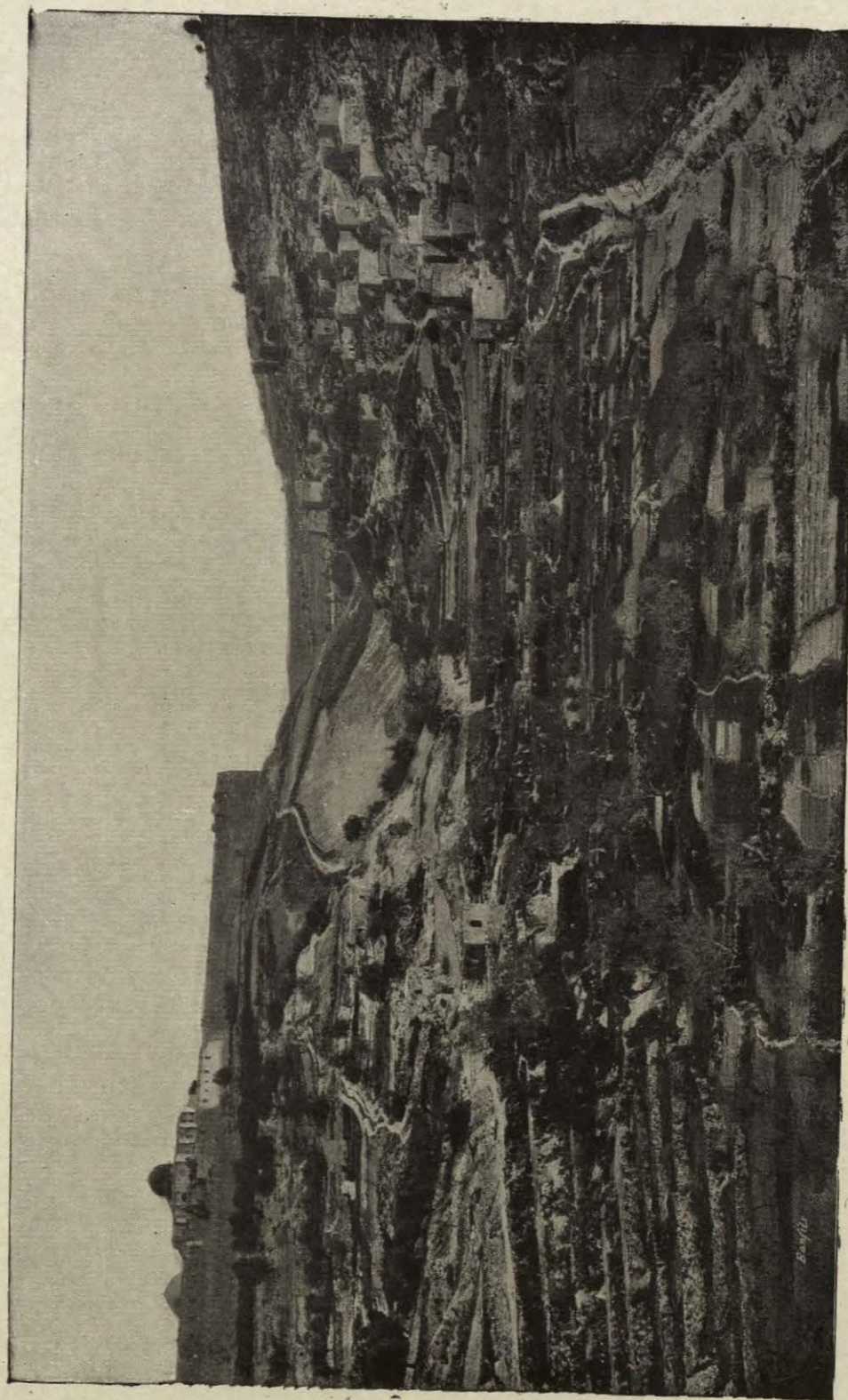
En efecto, el nombre plural de los Dioses—Elohim, era frecuentemente abreviado en un singular—El—, resumiendo todas las fuerzas distintas que constituyen el mundo sobrenatural, y esta palabra encaminaba el pensamiento hacia la idea de un dueño soberano que unía todas las energías divinas en una sola voluntad: en este sentido se empleaba el nombre de «Dios de los Ejércitos», aplicado a los ejércitos celestes de los astros y de los genios, no a las aglomeraciones de hombres que luchan y se exterminan. Esta jerarquía de las fuerzas de los astros terminaba en el monoteísmo.

Varia: tribus semíticas se designaban por nombres que les ponían bajo la protección de todos los dioses unidos: Israel, «El que El dirige»; Ismael, «El que El escucha»; Raguel, «El Amigo de El». Hasta un nombre, Caleb—contracción de Kalb-El, «Perro de El», —expresa con energía la adhesión absoluta de una tribu o de un hombre a todas las divinidades representadas por una augusta razón social<sup>2</sup>. Por lo demás, en la época de los Jueces y del rey David la palabra El tenía por sinónimos varios otros términos que expresaban la superioridad infinita, tales como Baal, Milic, Adonai. Este género de nombres, muy común entre los Fenicios, no fué completamente prohibido a los Hebreos por la religión ni por la costumbre, hasta la época en que los profetas de la Escuela de Elías dieron a su culto un carácter de intolerancia absoluta: tales nombres hubieran sido considerados entonces como idolátricos y blasfemos.

Renan hace notar, después de Gesenius, que los nombres for-

<sup>1</sup> Paul Carus, *Monist*, 1890, p. 333.

<sup>2</sup> Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*, ps. 105 y siguientes.



JARDÍN DE ROIO, VALLE DE GÉHENNE

Cl. Bonifis.

mados con los componentes Milic y Baal se encuentran particularmente en la familia o entre los que rodeaban a Gedeón, Saúl y David<sup>1</sup>, debido a que siendo Baal el representante de la civilización del litoral, más rica que la de las montañas de Judea, las familias ambiciosas, deseosas de elevarse sobre la multitud de los Israelitas bárbaros, debían preferir su protección. Baal, el «Señor» fenicio, aportaba, con todo su panteón y todos sus ritos, la religión de su pueblo, y ese culto ejercía tanto mayor atractivo cuanto que comprendía la glorificación de la Naturaleza en todas sus manifestaciones de vida ardiente y sensual. Las fiestas alegres de la primavera, de pure sentido simbólico, degeneraban fácilmente en desenfrenadas orgías, y con la vergüenza de su conducta, con el remordimiento de haberse abandonado a ella, los Hebreos volvían a los ritos severos transmitidos por sus abuelos. La historia del pueblo judío está llena de acontecimientos terribles, que los sacerdotes explican como castigos de su Dios a la masa popular culpable de herejías que apenas se distinguían del más abominable desenfreno. Si los Beni-Israel acabaron por alcanzar el mar en su emigración y se fundieron en un mismo pueblo con los Fenicios, no hay duda que, en el mismo medio, llegarían a ser adoradores de Melkart y de Astarté.

Pero la evolución política de las tribus de Israel, que, de nómadas, se hicieron residentes en un país no marítimo, y se constituyeron una patria con fronteras bien determinadas y con ciudades fijas de poderosas murallas, tuvo por consecuencia necesaria retener a los Judíos en la originalidad de su culto, encubriendo en el curso de la duración de varios siglos la vaga religión del desierto en que se mezclaban el animismo, el fetichismo, la astrolatría y el politeísmo, con tendencia a la personificación de esos seres múltiples en un solo Dios colectivo. La constitución de su existencia territorial en una patria distinta introdujo un nuevo elemento en la vida religiosa de los Judíos. La nación conquistadora, siempre en lucha, se personifica en el cielo por un dios guerrero, crea un campeón de una fuerza sobrenatural que lleva hasta el infinito todas las pasiones de la raza, celosa, de cólera ardiente y cruel con los enemigos. En realidad Yahveh, el «Tonante», probablemente al principio un dios

<sup>1</sup> Obra citada, ps. 198 y 199.

local del Sinaí <sup>1</sup>, no fué en la continuación del tiempo más que la nación judía divinizada, y, por consiguiente, los que, adorándole, se adoraban a sí mismos, trataban de exaltarle al infinito, atribuyéndole un poder ilimitado. Sin embargo, no podían abstraerse al hecho brutal de que otros pueblos rivales vivían a su lado, teniendo también sus dioses protectores. A la lucha sobre la Tierra correspondía otra lucha en el Cielo: tantas naciones enemigas, otros tantos dioses hostiles, cada uno en posesión de su dominio distinto, tan pronto engrandecido como disminuído por las batallas. En este sentido dice Max Müller que los Hebreos eran, no monoteístas, sino henoteístas, es decir, adoradores de un solo dios limitado a un solo pueblo. Yahveh no era más que un dios local, frecuentemente reducido a una herencia harto escasa; un dios como los de Moab y de Edom, y, por mucho que fuera su orgullo, sus fieles habían de reconocer, sin embargo, que Baal, el dios de los Fenicios, era superior por la riqueza de su dominio y por el número de sus esclavos. El que cambiaba de residencia había de cambiar de culto al mismo tiempo, y David, desterrado entre los Filisteos, no adoraba ya a Yahveh, que se había convertido para él en dios extranjero.

El templo de Jerusalén, erigido sobre la montaña de Sión, se elevó únicamente en honor de un pequeño dios local, y se dió el caso de que los individuos verdaderamente religiosos de las tribus del Norte, que recordaban por la imaginación las antiguas emigraciones en el desierto, las largas marchas bajo la dirección de la columna de vapor o de la columna de fuego, los montones de piedras que servían de altares, las soberbias montañas sobre las cuales el Altísimo descendía como sobre un trono, sentían una santa indignación a la vista de este edificio, construído a la manera fenicia, donde el rey Salomón tenía la pretensión de fijar su dios <sup>2</sup>. Pero con el tiempo la gloria del santuario se extendió a lo lejos, y, a pesar de la separación de la herencia de David en dos reinos, Judá e Israel, a pesar de las guerras que estallaron frecuentemente entre las dos mitades del «pueblo elegido», el dios nacional no se desdobló en divinidades hostiles, no se dividió el alma religiosa del

<sup>1</sup> Paul Carus, *Memoria citada*, p. 386.

<sup>2</sup> E. Renan, obra citada, t. II, ps. 253 y 259.



Cl. Bonfils.

POZOS DE JACOB O DE LA SAMARITANA, CERCA DE LA VILLA  
DE AKSAR *De una fotografía.*

mundo israelita. Fué aquella una evolución de la más alta importancia: el dios de los Judíos tomó un carácter más general: saltando las fronteras, comenzó ese viaje alrededor del mundo que debía un día, a los ojos de Judíos y Cristianos, convertirle en el dios único de toda la Tierra.

Este fenómeno de universalización en beneficio del dios Yahveh se hizo singularmente poderoso, durante mil años, a consecuencia de todas las emigraciones, voluntarias e involuntarias, que se hicieron a expensas de lo que quedaba de la nación en la «Tierra Prometida». Cada enjambre de emigrantes, cada grupo de cautivos llevaba consigo, como su más preciado tesoro, el recuerdo del dios que se adoraba en el templo de Jerusalén. El culto de Yahveh se esparcía así en centenares, en millares de puntos alejados unos de otros y se pro-